

Una visita anunciada: El Papa en Guatemala

Laura E. Asturias

Diario *La República* (Guatemala), 3-II-1996

El 17 de junio de 1994, en Guatemala, la revista *Crónica* publicó un extenso artículo titulado [“El pecado de Wojtyla”](#), escrito por el español Jesús Mosterín, catedrático de Lógica y Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Barcelona. En éste, el autor afirmaba que, en las postrimerías del siglo XX, un planeta exhausto sostiene a duras penas una población humana de seis mil millones y acechada por el hambre, el sida y otros males, mientras Juan Pablo II se niega a considerar cualquier medida que impida el desastre.

Por la publicación de tal opinión, *Crónica* fue blanco de numerosos y virulentos ataques: abiertamente de parte de algunos lectores, y en forma característicamente reptilesca en el caso de miembros del Opus Dei quienes lograron, a través de una campaña insidiosa, el apoyo de empresarios influenciados y poderosos que retiraron su publicidad de la revista.

Basta este ejemplo (apenas uno entre un millón) para destacar lo que ocurre cuando alguien comete la “osadía” de opinar sobre las actitudes y políticas del Vaticano y su máximo representante. No faltan entonces aquéllos que, como en el caso mencionado, hacen gala de extremo fanatismo y afirman que se está “faltando el respeto a la figura del Papa”.

Juan Pablo II arriba de nuevo a suelo guatemalteco, ahora en condiciones más favorables. No encuentra esta vez el pontífice la abierta hostilidad oficial que le mostrara en su primera visita el entonces dictador, jefe de Estado y ungido evangélico Efraín Ríos Montt. Un nuevo presidente, Álvaro Arzú, recibe con todos los honores y cordialidad al “supremo pastor de la Iglesia universal”, como se le ha llamado en un medio de comunicación (como si esta iglesia fuese la única en el mundo...).

El Papa no pudo encontrar mejor receptor que este gobernante recién electo. Álvaro Arzú es, después de todo, hermano de Mercedes Arzú de Wilson, quien reside en los Estados Unidos, donde promueve fervientemente el método Billings; a quien la Madre Teresa de Calcuta encomendara la lectura de su mensaje ante la Conferencia Mundial sobre la Mujer en Beijing, y quien se jacta de desayunar con el Papa por lo menos una vez al año...

En otros tiempos, con mi inicial instrucción católica, me habría sumado con ignorante ilusión a esa comunidad que recibe fervorosamente al Papa en mi país. Pero hoy, habiendo visto operar al Vaticano en la Conferencia de El Cairo, cuestiono su visita. No creo, como se ha dicho oficialmente, que el motivo fundamental de ésta es conmemorar los 400 años de devoción al Cristo Negro de Esquipulas (pueblo desde donde Karol Wojtyla difundirá “la palabra de Dios”) o, como otros sugieren, ayudar al proceso de pacificación de Guatemala.

Estoy convencida de que la visita papal, bajo estos pretextos, responde a la necesidad de la iglesia (que pierde cada vez más espacios, como lo demostraron las más recientes conferencias mundiales) de asegurar que el nuevo gobierno mantenga el total respaldo político-religioso ofrecido al Estado Vaticano por el presidente anterior, Ramiro de León Carpio. Y es de esperar que, más temprano que tarde, el Vaticano nos pase la factura de esta visita cuando, en algún evento internacional, el apoyo del pueblo católico convenga a sus intereses. Pero hay mucho, mucho más que eso...

No fue sino hasta lograr ipor fin! desarraigarme de esta iglesia, que se me hizo evidente ese profundo odio hacia las mujeres que la hace permanecer inmutable e indiferente ante la muerte a destiempo de tantas que pasan por la Tierra. Una iglesia que premia, aun con la

santidad, la “virtud” de morir antes que interrumpir un embarazo, sin importar que ello signifique dejar en desamparo a otros hijos e hijas.

Inconcebible, para mí, venerar a una institución que oficialmente aboga por la vida, pero cuyos mandatos representan muerte en este sufrido y desposeído Tercer Mundo. Una iglesia tan ciega que seguirá pregonando el “pecado” de usar el condón mientras la gente muere—¡MUERE!—por el sida, antes que modificar sus actitudes y políticas hacia esta pandemia. Y tan pecaminosa que continúa ocultando los numerosos abusos sexuales cometidos por sacerdotes sobre menores fieles y crédulos, “castigando” a los ofensores apenas con un traslado a otra parroquia.

Una iglesia tan homofóbica que niega la vida plena a un alto porcentaje de humanas y humanos, incluso dentro de sus propias filas. Y tan necia en su imposición del celibato que obliga a sus miembros a amar y reproducirse en la clandestinidad, negándoles el derecho a vivir en pareja.

Una iglesia y un Papa tan misóginos que elaboran un documento que no podrá ser modificado por ningún futuro pontífice y que niega a las católicas el acceso al sacerdocio, relegándolas, para la eternidad, a servir, siempre servir, a los patriarcas y a la deidad por ellos creada. Descarta esta iglesia olvidadiza el hecho de que las principales colaboradoras de Cristo—su madre y María Magdalena—fueron **mujeres** quienes, a diferencia de los apóstoles, no lo abandonaron ni en la persecución ni en la gloria. Y olvida también que la labor de Cristo se realizó siempre con ellas a su lado, no a su servicio.

El fervor fanático de mis compatriotas me impide salir a las calles a condenar la inclemencia de la cúpula católica. Mi solo recurso es retirarme a la seguridad de mi espacio—donde el único “pecado” es saberme irreverente y desde ya excomulgada—para decir, desde aquí, que no encuentro en mí misericordia ni inteligencia para justificar, ni dejar de denunciar, la violencia histórica que esta iglesia ha perpetrado sobre las minorías para ella “indeseables”. Y especialmente sobre las mujeres, desde las tantas que fueron brutalmente asesinadas por ser consideradas “brujas” herejes hasta las contemporáneas comunes y corrientes que dejan la vida en la sacrosanta función biológica de ser madres.

No hay en mí nobleza suficiente para perdonar a una institución que, a la vez que nos pide perdón por pasadas atrocidades, continúa imponiéndonos culpabilidad, en el presente, por no querer tener más hijos... y que destina a la indigencia a las criaturas que vienen al mundo aun en contra de nuestros deseos y posibilidades, mientras sus jefes viven en una opulencia vergonzosa y condenable.

No acepto que Karol Wojtyła asuma la defensa (tan insistentemente proclamada) de mi dignidad de mujer, si ello implica el compromiso moral—y mortal—de doblegarme a mandatos que irrespetan mi cuerpo, mi vida y mi autonomía. Y porque sé que tal discurso es falso cuando, a cambio de su divina bendición, debemos ser siempre nosotras, pobres e ignorantes mortales, quienes aportamos los muertos en esta guerra sucia de los hombres de la iglesia contra las mujeres... y cuando para nosotras y nuestras hijas no hay lugar alguno en lo que él y su Concilio Vaticano entienden por dignidad humana.